

OLGA VÁSQUEZ MONZÓN

Mujeres en público

El debate sobre la educación femenina entre 1871 y 1889

Prólogo de Juan José Tamayo



D. R. © 2014 Olga Vásquez Monzón

D. R. © 2014 UCA Editores

Título original

*El debate sobre la educación femenina en el contexto de la
laicización del Estado salvadoreño (1871-1889),*
en <http://www.uca.edu.sv/filosofia/admin/files/1347991285.pdf>

Dirección

Amparo Marroquín

Edición

Claudia Hernández

Corrección de pruebas

José Jiménez Santillana

Fotografías

Julio Sánchez, Biblioteca “P. Florentino Idoate, S.J.”
(la de Rafael Zaldívar, cortesía del Archivo General de la Nación)

UCA Editores

Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

Apartado postal 01-575

San Salvador, El Salvador, Centroamérica

Teléfono y fax: (503) 22 10 66 50

ucaeditores@uca.edu.sv

www.ucaeditores.com.sv

1.ª edición 2014

370.82

V335m

sv

Vásquez Monzón, Olga
Mujeres en público : el debate sobre la educación femenina entre
1871 y 1889 / Olga Vásquez Monzón ; prólogo Juan José Tamayo
-- 1a. ed. -- San Salvador, El Salv. : UCA Editores, 2014.

200 p. ; 21 cm. -- (Estructuras y procesos. Serie mayor ; v. 34)

ISBN 978-99923-59-87-7

1. Mujeres-Educación--Historia. 2. Mujeres-Aspectos sociales.
3. Feminismo-Educación--Historia. I. Título.

Derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin la autorización escrita de UCA Editores. © 2014

Impreso en El Salvador por Talleres Gráficos UCA, 2014

Índice

PRÓLOGO	
Educación, emancipación y presencia en el espacio público	9
Cuenta regresiva	15
CAPÍTULO 10	
La primera de la lista	19
CAPÍTULO 9	
Bachilleres y maestras.....	31
CAPÍTULO 8	
La oposición de las madres.....	43
CAPÍTULO 7	
La voz de las hijas.....	57
CAPÍTULO 6	
Católicas contra el Estado.....	69
CAPÍTULO 5	
La presencia de los masones.....	83
CAPÍTULO 4	
Los colegios de señoritas.....	97
CAPÍTULO 3	
Ciudadanas ilustradas	109
CAPÍTULO 2	
Dogma y razón.....	121
CAPÍTULO 1	
La nueva escuela.....	133
Epílogo	145
Notas	149
Bibliografía	189

PRÓLOGO

Educación, emancipación y presencia en el espacio público

Los recientes estudios de orientación feminista han puesto de relieve que no hay campo alguno en el que las mujeres no hayan dejado huella, aun cuando esta haya sido invisibilizada, silenciada o negada. Las investigaciones de las disciplinas antropológicas, sociológicas, filosóficas, pedagógicas e históricas que siguen esa metodología nos han brindado un mayor y mejor conocimiento de su importancia en la historia de la humanidad y de su participación en los procesos de transformación cultural, política y económica de las sociedades. Gracias a ellas podemos también reconocer el papel protagonista de la mujer en los diferentes campos del saber, del quehacer humano y en la vida cotidiana, un espacio tradicionalmente desdeñado como objeto de estudio y hoy revalorizado por su significación auténticamente revolucionaria en los hábitos y costumbres de los seres humanos.

La confirmación de la verdad del lema del feminismo “Todo lo personal es político” ha modificado la manera

en que hemos valorado las actividades de las mujeres, aun las realizadas en la privacidad, el único espacio que el patriarcado les ha reconocido históricamente y que ellas han convertido en ámbito de creatividad a todos los niveles. Ha cuestionado la clásica división entre lo público y lo privado y no ha aceptado la asignación del espacio público a los hombres y el privado a las mujeres.

En este contexto, el debate sobre el acceso de las mujeres a la educación se revela como piedra de toque de la emancipación de las mujeres, de la superación de su inferioridad y del comienzo de su empoderamiento, como reconoce Anna Caballé en su espléndida obra *El feminismo en España. La lenta conquista de un derecho* (Cátedra, Madrid, 2013): la salida de la ignorancia y la búsqueda de instrumentos culturales para guiar adecuadamente la propia existencia de manera autónoma son una constante en la vida de escritoras del siglo XV.

El libro *Mujeres en público*, de Olga Vásquez Monzón —doctora en filosofía y profesora de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, de San Salvador—, que me cabe el honor de presentar y de cuya lectura he tenido el privilegio de disfrutar antes de su publicación, se enmarca de lleno en el debate sobre la educación de las mujeres, circunscrito a un breve pero intenso e influyente periodo de la historia de El Salvador, de 1871 a 1889, en el que la vida política, la actividad parlamentaria y la opinión pública estuvieron centradas en una apasionada y apasionante discusión sobre el acceso de las mujeres a la educación. Por primera vez en la historia de El Salvador tuvo lugar una casi perfecta combinación entre liberalismo, laicismo, educación de las mujeres y participación de estas en la vida pública. Fue el periodo que tuvo al frente de la República tres presidentes liberales de tendencia laica: Santiago González, Rafael Zaldívar y Francisco Menéndez.

La autora no entiende la educación como simple acumulación de conocimientos, sino como saber filosófico en su doble vertiente de saber político y saber crítico, como cauce de emancipación, despertar de la conciencia autónoma y uso público de la razón, en la mejor tradición kantiana. Esto, en el caso de las mujeres salvadoreñas y en aquel momento histórico, resultó realmente revolucionario ya que suponía un salto cualitativo en la conciencia y en las prácticas de las mujeres.

Olga Vásquez ubica el debate sobre la educación de las mujeres que tuvo lugar en su país en el último tercio del siglo XIX en el contexto de la modernidad, que reconoce la autonomía y emancipación del ser humano individual y colectivamente como sujeto de derechos y deberes y como depositario de la racionalidad. Este reconocimiento siguió dos direcciones diferentes e incluso contrapuestas. Una fue la del universalismo abstracto, que se quedó en el terreno de las declaraciones de principios, excluyó, incoherentemente, a las mujeres de la ciudadanía, de la práctica de los derechos políticos y del ejercicio público de la racionalidad, y las mantuvo en una situación de inferioridad que, para más *inri*, era considerada natural. No cabía más incoherencia. Y, sin embargo, resultó ser la tendencia de buena parte de los ilustrados y de los líderes de la Revolución Francesa. La ilustración inconsecuente, como afirma Cristina Molina Petit, no supo o no quiso iluminar y abandonó a la mitad de la especie humana “en aquel ángulo sombrío de la pasión, de la naturaleza o lo privado”, amén de incoherente, injusto y a todas luces insolidario.

Otra fue la ilustración que Alicia Puleo califica de “consecuente”, que tuvo como precursor al filósofo francés Poulain de la Barre, y su desarrollo filosófico y político en autores y autoras como Condorcet, Olympia

de Gouges, Mary Wollstonecraft, la Declaración de los Sentimientos de Seneca Falls, John Stuart Mill, Taylor Mill, etc. Se llama consecuente porque, en coherencia con la universalidad de los derechos humanos y de la razón, defendía la dignidad e igualdad de derechos de hombres y de mujeres y la participación de ambos en la vida pública sin discriminación alguna.

Tras constatar que los ilustrados violaban el principio de igualdad de derechos al privar a las mujeres de participar en la formación de las leyes y excluirlas de la ciudadanía, Condorcet se preguntaba no sin sorna “por qué unos seres expuestos a embarazos y a indisposiciones pasajeras no podrían ejercer derechos de los que nunca se pensó privar a la gente que tiene gota todos los inviernos o se resfría fácilmente”. Olympia de Gouges, la autora de la Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana, interpelaba a las mujeres sobre las ventajas que habían obtenido de la revolución para responder: “Un desprecio más marcado, un desdén más visible”. Su final era la crónica de una muerte anunciada: los revolucionarios la mandaron a la guillotina. Quien había dicho que igual que la mujer tiene derecho a subir al cadalso, lo tiene a subir a la tribuna parlamentaria, subió al cadalso, sin haber hablado desde la tribuna por la negativa de quienes controlaron las riendas de la revolución. Mary Wollstonecraft vindicaba los derechos de las mujeres en nombre de la razón, común a estas y a los hombres, y en nombre de la virtud, que pueden poseer unos y otras.

La profesora Vásquez traslada el debate a su país y lo aplica al campo de la educación femenina, donde, siguiendo las informaciones de la prensa de la época y reconstruyendo a partir de la documentación disponible, identifica dos tendencias irreconciliables: la católica y la liberal laicizante. La primera no se opone a la formación

de las mujeres, pero la circunscribe al ejercicio de las funciones maternas y educadoras de los hijos, que son su principal misión, y en ellas juega un papel fundamental la religión. La actividad intelectual de las mujeres puede producir desequilibrios y desorientación. La segunda es partidaria de la formación intelectual de las mujeres, que se convierten en aliadas del progreso y pilar fundamental en la transición del Estado católico al Estado laico.

El texto —que combina armónicamente el rigor de la investigadora, la hermenéutica de la filósofa, la objetividad de la historiadora, la buena dicción literaria de la narradora y la conciencia feminista— integra las aportaciones llevadas a cabo por investigadoras e investigadores salvadoreños para construir un marco político, cultural, religioso e ideológico; avanzar en sus análisis y hacer nuevas aportaciones en el terreno específico de la formación femenina.

Estamos ante la primera investigación sobre el tema en El Salvador, cuya principal aportación consiste en hacer visibles a las mujeres en el espacio público en la historia de El Salvador, una tarea que ha sufrido avances y retrocesos y que hay que continuar y “reconquistar” en cada época histórica en respuesta a los nuevos obstáculos que surgen por doquier, sobre todo el de la globalización neoliberal patriarcal. Con este libro, la historia de las mujeres experimenta un avance significativo, pues coloca a estas en la escena educativa, de la que estuvieron ausentes multiseccularmente, y les devuelve un protagonismo en la esfera pública que les corresponde, no como dádiva graciosa, sino por derecho propio que el patriarcado se obstinó, y sigue obstinándose, en negar.

Olga Vásquez ha incorporado a la historia de las mujeres una página brillante que faltaba y que en la

segunda década del siglo XXI no podía aguardar por más tiempo: la de las mujeres salvadoreñas que iniciaron hace casi siglo y medio un camino de emancipación sin retorno gracias a la convergencia de cuatro factores: el liberalismo político, el laicismo educativo, el incipiente feminismo y la decidida voluntad política de hacer avanzar la historia hacia la igualdad por el camino de la instrucción inclusiva de hombres y mujeres.

El camino no resultó fácil de recorrer ya que tuvo que salvar no pocos obstáculos, entre ellos el del pensamiento católico conservador. El resultado en buena medida exitoso de aquel trabajo concientizador es la mejor prueba de que pueden vencerse las resistencias por muy fuertes que se presenten.

La historia de las mujeres no puede hacerse desde una consideración local que descuide su dimensión global, pero tampoco desde un planteamiento global que minusvalore lo local. Ha de compaginar lo global no hegemónico con lo local no dependiente. Creo que esta visión “glocalizadora” de la historia de las mujeres es la que caracteriza el libro de esta filósofa, que no es una obra que se limita a contar batallas de un pasado olvidado, sino el trabajo riguroso de una intelectual que lee la historia y reflexiona sobre ella desde una perspectiva feminista abierta a otros enfoques. Compruébelo el lector por sí mismo. Quizá coincidamos en la apreciación.

Juan José Tamayo*

* Director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones “Ignacio Ellacuría” de la Universidad Carlos III de Madrid. Su libro *Invitación a la utopía. Estudio histórico del tiempo de crisis* (2012, Madrid: Trotta) recupera la discusión en torno a las dos grandes figuras de razón y las corrientes feministas como un aporte para recuperar la fuerza crítica y movilizadora de la utopía en tiempos de incertidumbre y oscuridad.